

ALICIA ALONSO, LA ÚLTIMA DIVINA

ALFIO AGOSTINI

«La última divina» es un título obvio. Hace falta precisar: la última de un cierto tipo de «divina» del ballet (que quizás es el único legítimo, y que históricamente ha desaparecido) y la última sobre el escenario, y sobre el escenario como bailarina, con puntas, tutú y todos los atributos del rango. Esto es lo que deja atónito, entre la sorprendida admiración y el reproche, al mundo de la danza (curiosamente sorprende más a los especialistas que al público verdadero): que Alicia Alonso siga con su carrera más allá de cualquier imaginable capacidad humana. Después de haberla visto en escena, en el estudio y en la vida varias veces durante los últimos meses, me he de que se trata de un vulgar equívoco.

Si los críticos de Alonso quieren decir que para ella ha llegado el momento de retirarse, son ridículos. El momento, de hecho, llegó hace más de veinte años, como para cualquier bailarina, si el punto de vista adoptado es el técnico y «biológico». Por tanto, es evidente que no se debe seguir este criterio, y que cuando se dice que Alicia Alonso no es una bailarina cualquiera, que es un caso excepcional, tal vez no se dan

cuenta del sentido profundo de esta singularidad. Lo extraordinario, lo inusitado no es que Alonso baile en condiciones físicas en las que un cuerpo humano está infinitamente por debajo de las exigencias de la danza clásica normal. Y ella lo sabe mejor que nadie, ella, que puede presumir de haber poseído una técnica capaz de borrar a todas las bailarinas de su generación con el dorso de la mano, una técnica que soporta tranquilamente la comparación con los progresos técnicos de las gélidas virtuosas de hoy día.

Lo extraordinario es que Alicia Alonso persigue en la práctica, en su propia persona, con una naturaleza absoluta y tenaz, una convicción llamémosla «teórica»: la convicción de que si la danza es arte compete al espíritu y no al cuerpo. De ahí que su «ser bailarina» sea para siempre, independientemente del desgaste natural del cuerpo. Más aún, a causa de la madurez y del

enriquecimiento profundo de la vida y del arte, mejor que para quienes se limitan a ver y entender en su forma física, lo que es espiritual y no en la física, que es secundaria. Así de simple.

Menos sencillo resulta para el espectador contemplar la danza, arte que por definición construye con el cuerpo, desde una dimensión en la que el cuerpo no cuenta; y descubrir a la gran artista al otro lado de la extrema dificultad de la envoltura física. Y, sin embargo, nos sigue maravillando ese modo suyo de aparecer en el escenario, como en una especie de trance místico, con una aureola de diva de otro mundo, en el que sólo cuenta la afirmación de una voluntad absoluta. El público, y no sólo el cubano (recuerdo la sorprendente ovación de una enorme platea, que a lo mejor nunca la había visto, en una

de las últimas Bienales de Lyon) sabe que está asistiendo a la aparición de una personalidad única; y quien «sabe ver» la danza, más allá de la técnica, puede todavía hallar en esta singular bailarina fuera del tiempo chispas de genialidad interpretativa.

Conque, ¿cómo augurar el retiro de quien sigue transmitiendo emociones tan raras? Mil bellas jóvenes sin cerebro salidas de las mejores academias de todo el mundo tienen lo que ya no tiene Alicia Alonso; pero lo que ella todavía conserva ninguna lo posee.

Claro, hay y habrá algunas bailarinas estupendas. Pero la época de las grandes estrellas del ballet ha terminado. Que nos dejen gozar aún de esta última, trémula y extraña en su remota soledad, velada por el tiempo, pero auténtica en el cielo gris que nos cubre, pobres espectadores resignados ya a tomar por estrellas las lámparas halógenas.

Alfio Agostini
Balletto Oggi (Ballet 2000), Milán, n. 27, jun., 1995